

PRÓLOGO DEL POEMARIO
“SIGNOS DE UN OCÉANO LEGISLADOR”
DE ALEJANDRO LATTAPIAT

Se escribe para cultivar el efímero instante de la belleza, lo que queda de ella: una breve reminiscencia que contiene lo absoluto en los fragmentos que huyen dispersos por el poema. La epifanía de los abismos que habla el lenguaje de los Dioses en su ausencia. Y desde ese vacío es que Luis Ángel Marín erige la orfebrería nocturna de su escritura, porque toda poesía nace del vientre de la noche primigenia donde el hombre encuentra las huellas de lo que fue. Después de eso está la vida que es sólo los despojos de un sueño. Lo que guardan de él los pájaros en la semilla de su canto.

Porque la vida sólo es posible en el desbarrancadero o en la ceniza que se sucede por las formas que difuntas se desposan en un rito de laberintos donde reside su alma y habita la poesía.

Y no hay catástrofe más hermosa que el poeta devastado por el silencio de la música que tensa sus cuerdas en la muerte. La memoria de sus plumaje por la página que lo nombra ángel, ungido por la mácula y la blanca derrota de la palabra, que hunde sus raíces en el mundo para ser luz que tiembla y que nadie se atreve a pronunciar sin en un rumor de sueños que convergen en una dócil fragancia. He aquí la oscura labor del poeta: hablar de los silencios, desde el fracaso de la palabra, desde el tenue halo que habita los seres y los objetos definiéndolos sin nombrarlos.

Luis Ángel Marín en estos poemas elabora la arquitectura del mar que contiene las visiones más hermosas y terribles, sus vestigios arquetípicos que no son otros que los Dioses que regresan y nos recuerdan que el poema es una catedral dormida en el fondo del mar.